

amar al niño: gozar con él, sentirse feliz a su lado.

Imitar al Divino Maestro en aquel sublime momento que recuerda el Evangelio: «Dejad que los niños se acerquen a Mí». De esta frase y de este ejemplo debe arrancar toda la pedagogía del párvulo.

Afortunadamente, la capital de España cuenta con magníficas maestras de párvulos, porque sienten su misión y con entusiasmo creciente se aprestan a preparar la reorganización, el perfeccionamiento de las clases que dirigen.

Lo específico es lo esencial; el deseo, el afán, la posibilidad constituye el mundo latente de la persona y se presenta con toda su riqueza virgen en la edad pàrvula...

Madres interesadas en la educación de vuestros pequeños, si podéis, llevad a vuestros hijos a las escuelas y colegios de párvulos. Allí harán sus primeros tanteos de vida propia. Ensa-

yarán sus fuerzas..., manifestarán sus aptitudes con mayor espontaneidad...

La vuelta del párvulo al hogar.

Las palabras se precipitan en sus labios, se atropellan unas a otras, pugnan por salir a la vez. El niño parece que se atraganta.

El mundo de sus impresiones se mueve con tal rapidez que la palabra no es dócil para expresarlo. Cuando se va tranquilizando, empieza a contar y no acaba...

Siempre les puede a todos. Los parvulines son héroes de la leyenda que inventan. Y cuando nos engañan nos miran a los ojos para cerciorarse de que creemos en su verdad, y cuando no les hacemos caso, sufren mucho.

¡Lástima que no haya escuelas para todos los párvulos de España!

